

# Y LA MAÑANA DE LLENÓ DE SONRISAS

*“Nuestro camino no es por fáciles prados de hierba, sino que es un sendero de montaña escarpado y lleno de dificultades. Pero siempre hacia delante, hacia arriba, hacia el sol”*  
Ruth Westheimer.

Y de sonrisas se llenó la mañana, como la primavera llena las praderas de flores silvestres, y el verano nos regala olor a boj y a romero que perfuman nuestro camino hacia Borón.

La senda arranca dura, sin avisar ni dar tregua. Algún novicio se asusta pero se entrega de corazón. La mirada atrás compensa y Vadiello, color turquesa, reconforta.

Es el principio, caminamos lentos, no hay prisa. Escucho alientos agitados y bajamos pulsaciones. Miradas, fotos y ya las primeras sonrisas se mezclan con tierra y sudor. Pequeñas treguas, necesarias. Explico, animo y corrijo, y veo sonrisas felices. Los *exploradores* nos señalan el camino y al hacerlo nos hacen mirar paredes de piedra inexpugnables. Indico cual es la brecha por la que se abre la senda:

—Por allí hemos de pasar. Confíad en mí.

Sonríen y confían.

Llaneamos entre el boj y el romero, que nos dan su suave perfume y aliento, y las paredes se convierten en enhiestas formaciones de piedra que nos admiran y acongojan. Primer mirador. El grupo llega bien. Ya no jadean, disfrutan del paisaje y sonríen.

El barranco se estrecha y el terreno cambia por completo. Caos de piedras, árboles y boj, son ahora la empinada senda de tierra y hojas muertas. El descanso ha sido breve y ahora ya subimos barranco arriba, tirando de cuerdas, matojos y agarres de piedra. El grupo pasa con solvencia. Los novicios sonríen y disfrutan de su propia tensión. Son risas algo nerviosas, nada les digo de la última cuerda. No tengo dudas, todos pasarán y pasan disfrutando de la experiencia de una cuerda de nudos y de trepar por ella.

—¿Cómo bajaremos?

Es la duda de siempre, el miedo a estar arriba, pero les vuelvo a pedir que confíen, que será más fácil de lo que parece y que en mi mochila mágica hay un poco de todo. Y sonríen y confían.

Luego el llano, que nunca es llano; las cabras. El viento en donde lo esperaba, y la vista sobre el pantano, el *Puro* y la *Mitra*; fotos y más fotos. Son todo risas y miradas que se enamoran del paisaje.

El pico está cerca, se toca con la mano, pero hay que dar un poco de vuelta. Aprenden a seguir la senda y a que si da mucha vuelta es por algo que luego verán claro. Cambia el terreno. Una losa inclinada nos espera con su áspera piel y sus resaltes y trampas escondidas. No es lo que parece. Tengo el recuerdo claro y los mojones aparecen como recién puestos para llevarnos a un pequeño bosque escondido y fresco. La salida está clara y la senda que cruza el collado ya muy cerca.

Luego, la última subida. Me pongo a prueba. Exploro y exploto camino arriba por la máxima pendiente. Me gusta esa sensación de poder por donde no se puede. Los demás comienzan la senda marcada y pedregosa. Los pongo a prueba. No hay pérdida, como siempre es arriba, arriba. Sonríen viendo la cima cerca, pero la pedriza es dura y lenta y la sonrisa comienza a ser casi muecas. Solo la ilusión de estar cerca, los anima. Los veo despacio, los arengo en la última pala. Ya llegan y llegan todos, desperdigados como cabras. Ser montañero es subir montañas, sufrir y sonreír. Suben y sonríen, son montañeros.

La cima al fin. Para algunos su bautismo de piedra, sudor y dificultades vencidas.

Me gusta esta sensación de saber que se saben vencedores de dificultades y que lo han hecho sonriendo. Esa quizá sea la piedra de toque. Me consta que para algunos ha sido duro, y que piensan en la vuelta, pero ahora están arriba, felices, vencedores, sonrientes. Más duros que la piedra, el boj, la cuesta y el viento.

Comienzan a ser montañeros y montañeras. Solo han abierto una puerta, pero es la misma puerta que da acceso a todas las montañas, desde las más altas a las más bajas.

El regreso, fácil. Agotador para algunos, pero fácil.

Aprenden que los miedos hay que dejarlos atrás y que todo se supera y aprende. Que no somos locos suicidas y que pueden confiar. Que nuestras mochilas tienen rincones secretos y remedios mágicos.

Y sobre todo aprenden que se disfruta del mismo modo un gran tres mil, que un modesto mil trescientos. Todos tienen su fantasma, su miedo, su dificultad, su sudor pero sobre todo las cimas tienen su sonrisa. La belleza está en cualquier rincón, casi sin salir de casa.

Enhorabuena a los nuevos. Hasta pronto.

Sonreíd. Sonreíd siempre.

Domingo Aguilar.

Aragón. Julio 2017.